

Alone

La literatura chilena durante el siglo XVIII

DISCURSO DE INCORPORACION A LA ACADEMIA
CHILENA DE LA HISTORIA CORRESPONDIENTE
DE LA ESPAÑOLA

Señor presidente, señores académicos, señoras y señores:

La liturgia académica tiene también sus ritos tradicionales y, en el momento particularmente solemne de la incorporación, impone determinadas ceremonias.

Ante todo, el recipiendario debe hacer un acto de humildad, declarándose indigno del honor que se le otorga. En seguida, un acto de agradecimiento por habérsele otorgado ese honor. Viene después un acto de piedad destinado a recordar los méritos de su antecesor difunto y, sólo tras estos votos preliminares, queda autorizado para elegir un tema y tratarlo libremente.

Las circunstancias hacen, a un tiempo, fácil y difícil para mí cumplir estas condiciones.

Porque es demasiado visible la generosidad de la Academia Chilena de la Historia al llamarme a su seno y, antes que gratitud, debería producirme confusión; pero nos resignamos sin dificultad a las transgresiones del orden cuando nos favorecen y la complacencia que nos halaga a nosotros y nos realza ante los demás suele parecernos fruto de la intuición y efecto de una sagacidad bien inspirada.

Apartando, pues, las tentaciones de impugnar el título que me conferís, me esforzaré, al contrario, por hallarle justificación.

Debería proporcionármela el recordar los méritos del hombre eminente, justamente lamentado, cuya ausencia me vale ocupar un sitio entre vosotros. Sería obra de verdadero historiador trazar la carrera del político enérgico, del parlamentario sobresaliente, del senador ilustre y el ministro de Estado que, en horas difíciles, afrontó vastas responsabilidades, tanto como del miembro cultísimo de nuestra alta sociedad que presidió la principal de sus instituciones y escribió su historia; pero don Guillermo Edwards Matte está demasiado vivo aún en la memoria de todos y su figura se pasea todavía entre los que fueron sus amigos. Falta para juzgarlo la indispensable perspectiva, no se ha hecho, en torno suyo un espacio de silencio propicio a las serenas y amplias evocaciones.

Mientras esa lejanía se produce y el personaje

real se convierte en personaje histórico, otros, sumergidos en el tiempo, cargados de viejos y trascendentales problemas, aguardan con mayor derecho que una voz del presente los traiga del pasado y contribuya en su medida a rendirles justicia.

Permitidme, pues, dirigir un saludo respetuoso al académico cuyo prestigio refluye inmerecidamente sobre su sucesor para volverme hacia una edad pretérita e ir al encuentro de dos viejos pensadores desaparecidos.

Dentro de su territorio, no solamente concluyen las dificultades sino que se tornan estímulos: desglosando un capítulo de una obra inédita, una «Historia de la Literatura Chilena», que corresponde con exactitud a vuestra especialidad, leeré algunas páginas relativas al siglo XVIII.

EL SIGLO XVIII

La literatura chilena parte, a fines del siglo XVI, desde una cumbre, del más alto género literario, la epopeya clásica, con un nombre famoso: Ercilla.

Al siglo siguiente, ya no hay poeta; pero tenemos un escritor de gran categoría y enteramente nuestro, el primer criollo artista, consagrado en España: el P. Ovalle.

La línea descendente continúa, sin embargo, después, pese a las circunstancias.

Los colegios de primera y segunda enseñanza aumen-

tan, surgen profesores y llegan textos de estudio; con las bibliotecas privadas y las conventuales, la Colonia recibe cargamentos de sabiduría, naturalmente no la de hoy sino la de entonces; va a fundarse la Universidad de San Felipe; nuestro siglo XVIII, como en España, como en Francia, es el siglo de las luces.

Pero las bellas letras siguen decayendo.

Lógicamente, deberían haber producido algún fruto superior. Sucede al revés. Para hallar algo apreciable en ese período es preciso recorrer una planicie lisa e inclinarse mucho, con ojos benévolos.

Este misterio ha llamado la atención de los eruditos y recibido varias explicaciones.

La menos sostenible fué la más aceptada y llegó a constituir dogma: se dijo que el régimen colonial de España mantuvo encadenadas las inteligencias de los americanos, los cuales por este motivo, no pudieron desplegar sus alas y volar. Esta explicación parecía clarísima a los que lucharon por la independencia y también a sus hijos. Más tarde, calmados aquellos ardores y vencido el peligro, se estudiaron las estadísticas situándose dentro del ambiente colonial, en el Nuevo Mundo, sin referencia a otros tiempos ni a otras regiones y entonces apareció que había ocurrido precisamente todo lo contrario. Los Borbones dieron a América más libertad y medios de educarse que los Austria. Eso ya no se discute.

Fué necesario buscar otras causas.

Notóse, desde luego, que el mismo fenómeno se re-

petía en la Península: la caída de las bellas letras en aquel período fué allá vertiginosa y no era raro que aquí repercutiera.

Solar Correa esboza en «Las Tres Colonias» una exégesis de tipo spengleriano: supone que en Chile hubiera nacido, se hubiera desarrollado y hubiera muerto una pequeña cultura y que el siglo XVI con sus poetas representaría la juventud, el XVII y sus prosistas, la madurez, mientras el XVIII, con sus filósofos y sus hombres de ciencia vendrían a encarnar la ancianidad pensadora y cerebral, pobre de sentimiento y escasa de poesía.

Sin desdeñar la partícula verdadera que pueda contener cada una de estas interpretaciones, cabe mirar con preferencia otra, más substancial, que ha propuesto el historiador Encina,

Armado de psicología, sociología, etnología y una penetración indiscutible, tanto como de impetuosa irreverencia para abordar los problemas históricos, el señor Encina afirma que todo viene de las mezclas de sangre. Al subir, con el transcurso del tiempo, el aporte aborígen hasta las altas capas sociales, disminuyó el poder cerebral de los criollos quienes se hicieron menos aptos para la cultura y las letras. Esto compensó desfavorablemente la cantidad de letras y de cultura que seguían llegándoles de Europa y produjo un envilecimiento del producto intelectual. Amunátegui y Solar Correa habían advertido y reconocen que los escritores coloniales sobresalientes procedían de espa-

ñoses puros, en algunos casos, como en el padre Ovalle, con mezcla de sangres extranjeras.

El señor Encina sustenta enérgicamente esta tesis que forma la espina dorsal de su historia.

«El lector que se quite de los ojos la venda que los escritores del siglo XIX interpusieron entre la inteligencia y la realidad —escribe, t. V, pág. 599— casi no necesita que se le explique el fenómeno. La mezcla de la sangre aborigen, que ascendió cada vez en mayor cantidad a las altas capas sociales, determinó, como ya dijimos en el capítulo anterior, un retroceso en el grado de desarrollo mental, produjo una especie de igualación cerebral; desaparecieron, casi, los casos de atavismo en el sentido del predominio individual de la sangre española, muy frecuente todavía en los primeros cruzamientos. Así se desarrollaron, como vimos, dos procesos aparentemente opuestos: mientras la cultura y el saber fueron hacia arriba, el grado de evolución mental y con él la imaginación creadora, de la cual depende la producción artística y científica, vinieron hacia abajo, aunque no en un sentido absoluto, pues mientras desaparecían las cumbres, los rezagados subieron para refundirse en una medianía general, que culminó hacia 1750. Pese a Menéndez y Pelayo y los literatos, los conocimientos, la enseñanza y la cultura son una cosa y la evolución mental es otra. Aquellos sólo canalizan y dan forma a la energía acumulada por la segunda. Si ésta falla, por desleimiento o retroceso de la imaginación creadora, como ocurrió en los

cerebros chilenos de la primera mitad del siglo XVIII, la producción intelectual languidece, por la misma causa que se para la máquina a la cual se le agota el vapor o la energía eléctrica, sin que puedan evitarlo los giros de manubrio ni las torcidas de llaves. Ercilla y Rosales eran españoles y por las venas de Alonso de Ovalle, el máximo escritor chileno hasta el día de hoy, circulaban aún vivas las sangres española de don Francisco Rodríguez del Manzano y Ovalle y la italiana de don Juan Bautista Pastene. Estas sangres, hacia la mitad del siglo XVIII, ya se habían diluído en el proceso de igualación de que hemos hablado tanto. De aquí la profunda decadencia de la producción intelectual y especialmente literaria en los primeros tres cuartos del siglo XVIII».

Datos, hechos y nombres sostienen copiosamente la teoría.

Por desgracia, frente a los argumentos para confirmarla álzanse otros que la socavan visiblemente.

Son las excepciones.

Como se ha observado a propósito de Taine, cuesta poco encajar en un molde común a las medianías, pero, también, importa poco hacerlo, sobre todo en arte donde las medianías no cuentan: en cambio, ese molde tan laboriosamente construído, cuando se aplica a los que importan, a los que, verdaderamente, interesaría explicar, es preciso romperlo para acudir a la escapatoria de las excepciones.

Contra la ley de que la sangre aborígen unida a la

sangre española rebaja el poder cerebral y apaga la imaginación poética levántase en el Perú el inca Garcilaso de la Vega, que puede hombrearse con Ovalle por la calidad y le supera por la cantidad y, tres siglos después, en una insignificante república centroamericana, surge otro, menos explicable aún, porque no cabe ponerlo junto a ninguno, tanto los sobrepasa a todos: Rubén Darío, el medio indio chorotega.

Sin llegar tan lejos ni salir de Chile, dentro del mismo siglo XVIII, dos excepciones a la decadencia causada por los cruzamientos hacen meditar.

Son dos escritores de pura sangre chilena, con antepasados criollos, dos pobres, perseguidos y desterrados, muertos ambos fuera de su patria y que, por su solo esfuerzo, sin ayuda de nadie, alcanzaron un prestigio que no ha conquistado después ningún otro, tan extenso, tan durable, de tan elevada categoría.

Pero antes de abordarlos convendrá seguir el desarrollo del espíritu crítico, en cuya línea descollaron, estudiándolo a través de algunos autores coloniales que lo manifiestan.

* * *

Ya dijimos que el padre Alonso de Ovalle aceptaba candorosamente cuantas noticias, ciertas o dudosas, pudieran servirle para entonar alabanzas a Chile; pero la Compañía de Jesús proveía a todos y después de ese historiador-poeta, nos proporciona dos historia-

dores positivos, capaces de someter a examen los hechos y desconfiar.

Uno es el padre Diego de Rosales (1603-1677), madrileño de origen, pero que aquí vivió, escribió y murió, contemporáneo de Ovalle y hermano suyo en religión, aunque tan distinto de él, tanto que, al lado suyo, evoca en cierto modo la inmortal pareja de Cervantes, pues, mientras aquél, amador de la belleza, «va por aquellos montes, pisando nubes», inclínase el otro al suelo y examina, sin demasiada confianza, donde va a poner el pie.

Hombre sensato, de buen criterio, provisto de discernimiento, sin la fantástica credulidad de otros, no siempre acoge milagros y revelaciones. Hablando de éstas, recomendará recibirlas con prudencia, considerarlas con astucia y recordará los casos en que él mismo se ha valido de mañas para descubrir supercherías que circulaban como cosa cierta. Pero, hijo de su época y que no debe ser separado de ella, más adelante habla con seriedad de los demonios subterráneos, se refiere a unos fantasmas que suelen visitar las minas y dice que uno de ellos, de un solo bufido, mató doce hombres.

Sin embargo, ya apunta en el padre Rosales el gran germen científico: la duda.

No está enteramente seguro de que las tormentas sean provocadas por el diablo, se inclina a buscarles causas naturales y ensaya explicaciones basadas en los vientos y las corrientes atmosféricas. Gustaba excur-

sionar por las tierras, montes y haciendas de mar o de cordillera que poseía la orden y, generalmente, regresaba cargado de piedras raras, conchuelas o hierbas que le parecían dignas de estudio, informándose de todas las cosas con una curiosidad de sabio.

Pero sólo el genio es capaz de sobreponerse al ambiente de su tiempo.

El padre Rosales, embrión de naturalista, de geógrafo y aun de cosmógrafo, creía en las sirenas. Atribuye a una de las que frecuentaban nuestras costas el nombre de la ciudad de La Serena y la describe así: «Descollándose sobre el agua, mostraba por la parte anterior cabeza, rostro y pechos de mujer, bien agestada, con cabellos o crines largas, rubias y sueltas...» Advierte, eso sí, que no «las han visto cantar ni oído acento alguno, como es voz común que cantan las sirenas».

Se le notan vacilaciones.

Pero si las fuerzas naturales le hacían titubear, muestra una robusta valentía ante los poderes públicos, entonces no menos temibles. Profesaba las ideas del P. Valdivia y el P. Las Casas y las llevó hasta sus últimos extremos. Sostiene que la guerra de Arauco y, por ende, la conquista española constituyen actos ilícitos; porque nación alguna tiene el derecho de tomar las armas para acrecentar su dominio o su gloria, ni aun a pretexto de someter a la fe cristiana a otros pueblos, «aunque sean infieles», agrega.

No necesitaban más los Padres de la Patria para

hacer la independencia, ni se ve otro más revolucionario que este jesuíta colonial.

El espíritu de crítica que manifiesta, otro padre de la Compañía lo va a heredar para transmitirlo, acrecentado, al siglo siguiente: es el padre Miguel de Olivares, psicólogo y sociólogo, penetrante observador de las costumbres, escritor que alcanza en ocasiones una rara hermosura de lenguaje.

Recordando que ha vivido catorce años entre los indios, expresa Olivares el temor de que la influencia del idioma mapuche corrompa la pureza del castellano «como sucede a aquellos ríos —dice— que, por caminar por muchas tierras, cogen el sabor de muchas de ellas y, mezclados con el mar, aprenden amargura sus cristales».

Al padre Olivares le preocupaba la opinión ajena: le temía a la crítica. Trátase, naturalmente, de la crítica oral, del comentario entre amigos, a la hora del mate, junto al estrado, pero que anuncia la que surgirá con el tiempo en los periódicos y, para orientarla, acaso para devolver o parar sus golpes, compone un pequeño tratado de estilística, el primero de que hay memoria en nuestra literatura.

Basta indicarlo.

Donde conviene oír al padre es cuando estudia a los indios entre los cuales habitó y enfoca a los criollos, la sociedad naciente, producto aún no definido de dos razas antagónicas.

Pinta a estos últimos «en los ánimos, altivos, orgullo-

sos y aun jactanciosos; fieles en las amistades, seguros en las promesas, severos en el trato, aptos para todos los estudios, elocuentes»; lo cual coincide, más o menos, con anteriores cronistas; pero, en seguida, recoge la opinión que les imputa «genios mercuriales», o sea, «falacia, simulación y superchería, facilidad en mudar los amigos, desnudarse y vestirse de los afectos de la amistad, según lo quiere el capricho de la inconstante fortuna»; y esto ya constituye novedad, no se sabe si del observador o de los observados.

Pesimista, Solar Correa piensa que nuestra psicología evolucionó desmejorando y que muchos vicios nacionales, por ejemplo, la falta de honradez, no eran entonces características chilenas y nos vinieron de los indios, donde pasaban por muestras de laudable habilidad.

Lo apunta el padre Olivares.

Igualmente, el pesado espíritu práctico, la prisa por ganar dinero rápido, el desdén hacia estudios especulativos, la ausencia de nobles entusiasmos, en suma, el apagarse de la llama heroica con que empezaron los conquistadores. «Duerme en su letargo la imaginación chilena» se dirá un siglo antes de que Menéndez y Pelayo nos calificara de «pueblo sin imaginación».

El padre Olivares representa la primera posibilidad de crítico surgida en Chile. Inteligencia práctica, moralista, embrión de filósofo y de sabio, su prolongada existencia le permitió vivir hasta fines del XVIII, cuando ya se vislumbraba la Independencia.

Pero antes de divisarla faltan todavía más padres, más jesuítas y más historiadores.

Y son los más ilustres, como si la portentosa orden, cuya historia iba confundiéndose ya demasiado con la historia de Chile, al acercarse su disolución, se apresura a dar los frutos máximos.

De acuerdo siempre con el alma contemporánea, porque la Compañía es flexible, no serán, esta vez, frutos literarios ni enriquecerán el arte, sino la ciencia.

La historia de las bellas letras podría, en rigor, omitirlos: uno fué naturalista y el otro teólogo y aunque ambos escribieron bien y soñaron mucho, sería irrespetuoso colocar sus obras entre los géneros de ficción.

Pero el ámbito de la palabra «literatura» es vasto y nos empobreceríamos demasiado sin éstos que, a su manera, la cultivaron: conviene incluirlos, aún cuando haya que ensanchar un poco el marco.

* * *

El abate don Juan Ignacio Molina y González, nacido el 24 de junio de 1740, pertenecía a una familia fundada en el siglo XVI que contaba ya seis generaciones criollas. Educado con los jesuítas de Talca, pasó de allí a Concepción, vino al noviciado de los padres en Santiago y estuvo en el colegio de Bucalemu, demostrando en todos tanto interés por la historia natural como por los estudios teológicos.

Como prueba del amor que sentía por los animales, suele citarse esta descripción de un jilguero:

«Al cabo de un mes de tener yo en mi cuarto uno de estos pajarillos, era tan manso y doméstico que ni aun puesto en libertad se apartaba jamás de mi asiento, sino para revolotear en mi alrededor en ademán de acariciarme; a un silbo que yo le diera se ponía a cantar y, cuando yo volvía a mi casa, eran sumamente parleras las fiestas con que me acariciaba».

Una descripción que tan bien pinta el carácter del padre como el del jilguero.

El abate Molina salió con la Compañía de Jesús el año 1767 para radicarse en Bolonia, de Italia, con otros desterrados. La vida allí no se le hizo difícil. Poseía el don de lenguas: capaz de hablar el griego y el latín, aprendió pronto el francés y publicó sus libros en correcto italiano.

Fuera de su primitiva inclinación a la historia natural, parece que lo impulsaron a escribirlos el recuerdo de su patria y los deseos de estar en contacto con ella mediante el estudio de su fauna y su flora originales; porque no parece indicada semejante investigación para quien, estando lejos de la tierra, debía valerse de apuntes propios y referencias ajenas que no podía comprobar directamente.

Eso mismo puso a prueba y presta relieve a su genial instinto: gracias a él, hizo observaciones que, rectificadas por Humboldt, vióse después que eran exactas. Le fué dado presentir verdades lejanas: «En-

frente a la prehistoria —escribe Encina, t. V, pág. 620—, sin disponer de excavaciones ni de los documentos que lo atestiguan en forma irrefragable, vió con luz meridiana que en Chile se había asentado un pueblo de cultura superior a la que encontraron los españoles y que ese pueblo había creado el idioma. Divisó lo que ni Barros Arana ni ninguno de los historiadores del siglo XIX logró aprehender, aun teniendo a la vista no sólo la genial observación de Molina, sino los argumentos que la comprobaban en forma aplastante. Sólo en el siglo XX las observaciones antropológicas confirmaron su admirable intuición; después de haber sido objeto de mofa de parte de los que carecían del poder cerebral necesario para darse cuenta de sus poderosos fundamentos».

Trátase, en verdad, de una de las más extrañas aventuras intelectuales.

Molina formuló postulados de larga trascendencia sociológica, que entonces ni se sospechaban, como la semejanza entre sí de todas las razas primitivas, europeas o asiáticas, punto de arranque, hoy en boga, de una concepción histórica hondísima. La inquisición romana puso el oído atento «El postulado de Leibniz —agrega Encina—, al resucitar la antigua concepción greco-egipcia del cosmos como un todo viviente, desde las piedras, los ríos y las montañas hasta los animales y los hombres, había inspirado a Carlos Bonnet su célebre hipótesis de la evolución de los gérmenes creados por Dios que la ortodoxia de la época no repudió

abiertamente. El sabio chileno creyó ajustarse a ella dándole mayor amplitud». Alarmado, no obstante, el Santo Oficio, Molina fué suspendido del sacerdocio y borrado de la Academia Pontificia y sólo largas gestiones de admiradores influyentes consiguieron que el tribunal lo absolviera.

Porque su prestigio se había extendido por toda Europa y sabios como Humboldt iban a Bolonia especialmente para visitar al pensador chileno. En 1810, el príncipe Eugenio de Beauharnais costeó una lujosa edición de sus obras y su acción sobre el pensamiento científico italiano de la época fué la de un maestro.

La nostalgia, sin embargo, lo roía y cuando, en 1815, murió en Chile su sobrino, don Agustín de Molina, dejándole una valiosa herencia, aunque contaba ya sesenta y cinco años, le escribe a un amigo: «Sin embargo de mi avanzada edad, me hallo bastante robusto y en estado de emprender el pasaje de mar y el deseo de abrazarte y de morir entre los míos me lo hará suave y corto».

No se le cumplieron sus deseos. En 1817, el gobierno patriota le confiscó sus bienes como a «español ausente» para dedicarlos a la primera escuadra nacional. Prueba el verdadero y generoso amor a su tierra que Molina experimentaba, su comentario al saber la noticia del despojo: «¡Oh! qué determinación más bella —exclama— la que han tomado las autoridades de la República. De ningún modo podían haber interpretado

mejor mi voluntad que como lo han hecho, con tal que todo haya de ser en beneficio de la patria».

El Senado le devolvió posteriormente su hacienda; pero era tarde. Murió a los ochenta y nueve años de edad en una casita que sus admiradores de Bolonia le habían regalado.

Vicuña Mackenna dice que en 1856 la empleada que cuidó al padre Molina en su última enfermedad y que lo heredó, le contaba que el enfermo, en su delirio final, pedía que le llevaran «agua de Chile, agua fresca de la cordillera».

El amor al país, la nostalgia del terruño constituye el signo común de los desterrados que morían añorándolo.

Pero la suerte no los hirió a todos por parejo y puede considerarse dichoso el destino del padre Molina, entregado al cultivo de las ciencias naturales, entre discípulos que lo amaban y admiradores que lo protegían, frente al desamparo y la soledad del padre Lacunza, consagrado al estudio de las ciencias sobrenaturales.

Al sobrevenir la catástrofe de la Compañía de Jesús, contaba treinta y seis años.

Hijo de español y criolla, nació raquítico y lo bautizaron apresuradamente en la Capilla del Sagrario, el 19 de julio de 1731. Diez años más tarde, vestía el hábito de los jesuitas en el Convictorio de San Francisco Xavier; a los dieciséis, ingresaba como novicio a la Orden.

La astronomía y las matemáticas lo atrajeron al principio; pero en la expatriación sus preferencias se inclinaron hacia la teología y la exégesis bíblica, en especial a la interpretación de los profetas.

Eligió como residencia, cuando llegó a Italia, el pequeño pueblo de Imola donde había una colonia de sesenta jesuitas chilenos expulsados y desde allí hacía excursiones a Roma y Venecia; pero ninguna de estas ciudades lo atrajo. Las desgracias afectaron tan hondamente su carácter que algunos lo creyeron trastornado. De su ministerio conservaba sólo la facultad de celebrar misa. Parece que lo rodeaba una atmósfera de frialdad un poco hostil. Separóse de los otros, se estableció muy pobremente en dos habitaciones, fuera de los muros de la ciudad; no tenía empleada, por lo cual él mismo se preparaba sus alimentos. Al atardecer, daba por el campo un corto paseo, siempre solo, e iba a un convento cercano donde unos frailes amigos le prestaban los libros que su pobreza le impedía comprar. Recogíase después y pasaba toda la noche velando sobre las Sagradas Escrituras.

Así compuso su obra.

¿Qué encierra, en verdad, entraña adentro, ese libro de la sombría reputación y el título resplandeciente? ¿Cómo discurrió el huraño religioso chileno perdido en los arrabales de un pueblecito italiano, ponerse a profetizar «La venida del Mesías en gloria y majestad»? ¿Cuáles motivos íntimos impulsaron su sobrehumana empresa?

Porque se trata, nada menos, de contrariar a la corriente entonces dominante en la Iglesia, refutar a doctores ilustres y, orillando peligrosas herejías, devolver al mundo una esperanza casi abandonada. El milenarismo empezó con los primeros cristianos que vieron a Jesús o eran amigos de los apóstoles: creían que el Salvador ascendido a los cielos regresaría en una fecha próxima para reinar con los fieles sobre la tierra durante mil años y esa certidumbre los alimentaba. Las persecuciones se les hacían livianas y la esclavitud soportable, porque, a cada signo, pensaban que su liberación estaba próxima. Las profecías nunca fijan con exactitud los fechas. Nerón fué tomado como el Anticristo, precursor del Juicio al cual precederían «La venida del Mesías en gloria y majestad» y el período triunfal de los mil años.

Pero los apóstoles, unos tras otros, iban muriendo, y luego los discípulos, y los amigos de los discípulos, sin que la promesa se realizara: al desaparecer los últimos, la esperanza milenaria fué aplazada indefinidamente.

Pero no se extinguió. Los padres de los primeros siglos la conservaron intacta.

Su fórmula sobrevive en el Credo: «... y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...», se repite en el Padrenuestro: «...venga a nos el tu reino...» Son los rastros visibles y tenaces del radiante ensueño primitivo.

Más recóndito y menos accesible, velado por den-

sos vapores, el Apocalipsis ofrece sus visiones ambiguas, semillero de polémicas y caos de interpretaciones. Uno de sus pasajes dice que Juan vió un ángel que ataba a Satanás por mil años, para que, durante ese tiempo, no pudiera seducir a la gente, y vió también que los que padecieron muerte o persecución por no obedecer a la bestia y seguir fieles a Dios volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años. En cambio los otros, los que obedecieron a la bestia, siguieron en la tumba hasta después de los mil años. «Esta — concluye — es la primera resurrección. Feliz y santo aquél que ha participado de la primera resurrección: no estarán sujetos a nueva muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años».

He ahí el germen.

Nada ofrecía, aparentemente, de peligroso, el reinado de los diez siglos, simple ensayo y como anticipación del paraíso eterno; pero la imaginación comenzó a trabajar y a decirse qué sucedería en tal lapso, cómo sería el reinado, qué clase de dicha disfrutarían los justos en él, si gozarían tales y cuales placeres, si en verdad los goces prohibidos no constituirían ya pecado alguno. Uno eliminó el concepto mismo de culpa. Otro, más preciso, fundándose en que los justos cosecharían el ciento por uno, sostuvo que si alguien, por ejemplo, renunciaba heroicamente a una mujer, recibiría, como recompensa, cien mujeres.

Tanto se descompuso, andando el tiempo, el mile-

narismo, que, en el siglo V, San Agustín, San Gerónimo y otros arremetieron contra él y lo pulverizaron, reduciendo los mil años a un momento. Tal como se suspende una fiesta que degeneraba, establecióse que Cristo volvería a la tierra, que juzgaría a los vivos y a los muertos y que descendería a los infiernos; pero que todo eso sucedería rápidamente.

Solitario, desterrado, perseguido, lleno de amargura y de nostalgia, Lacunza exhumó el sistema

Quería consolarse.

Todos quieren a su manera hacer lo mismo: El padre Molina halló su compensación en la compañía de los pájaros, los animales y las plantas; Lacunza se recreaba en una vegetación celeste, entre los bienaventurados y los ángeles.

Consideradas la escasez de sus medios y la magnitud de la tarea, su empresa aparece no sólo gigantesca sino utópica; pero, como se sabe, entre los soñadores, los teólogos son los que más profundamente sueñan.

«Para dar una idea del trabajo de nuestro autor — escribe don Pedro Nolasco Cruz, admirador de Lacunza — escogeré una profecía: la de Daniel cuando explicó el sueño de Nabucodonosor... Nabucodonosor vió en sueños una gran estatua cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos eran de plata, el vientre y los muslos de bronce; las piernas eran de hierro y los pies, parte de hierro y parte de arcilla. De improviso, se desprende por sí sola una piedra, da un gran golpe a la estatua y el coloso se viene abajo, se despedaza

completamente y se reduce a polvo. La piedra se convirtió en una montaña que cubrió toda la tierra».

Así habló Daniel.

Ahora surgen las preguntas: ¿Quién era la estatua? ¿Qué significan sus miembros? ¿Qué era la piedra? ¿En qué se convirtió? Otros tantos misterios. Su explicación exige, fuera de una sutil agudeza, conocer minuciosamente la historia universal para tratar de ver si las suposiciones se han realizado o no. Uno afirmó que la cabeza era el imperio de Nabucodonosor; el pecho y los brazos, el de los persas; los muslos y el vientre, el de Alejandro; las piernas y los pies, el de los romanos. Pues habrá que examinar la historia de Nabucodonosor, de los persas, de Alejandro, de Roma, sosteniendo o negando su coincidencia con la cabeza, el pecho, los brazos y las piernas.

Pues bien, esas dificultades eran justamente las que, en vez de atemorizarlo, atraían al padre Lacunza hasta entusiasmarlo. Los ataca no sólo con ardor sino con alegría.

Tenía temperamento de polemista y, cuando se trata de convencer a alguien, su prosa adquiere brío y, así sea la mayor autoridad del mundo, toma por su cuenta al adversario, lo estrecha, lo sacude, lo traspasa de agudos razonamientos, lo aplasta con argumentos contundentes y se complace en llevarlo a los últimos términos empleando en su contra el sarcasmo.

No debía de ser un compañero cómodo.

Pero esa acritud, ese ardor, provenían en el fondo

de una desasosegada nostalgia. La publicación de su correspondencia particular deja entreverlo y establece también, de paso, que conservaba intacta su normalidad mental. No era la cabeza la que padecía sino el corazón. En una carta declara: «Sólo quienes lo han perdido saben lo que es Chile». En 1791 escribe desde Bolonia: «Por acá no hay novedad alguna que nos interese; lo que toca a nosotros está como siempre y nos vamos muriendo en silencio y en paciencia debajo de la cruz». Pero la más reveladora, la más palpitante de todas sus cartas es la que, entre risas y lágrimas, envía el año 1788.

«Actualmente —dice— me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo, llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaibas, de erizos y locos, doy un galope a Santiago; hallo viva a mi venerable abuela, le beso la mano, lloro con ella, abrazo a los míos entre los cuales veo a muchos y a muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Solascasas, a Varela, a mi compadre Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada Pilar, y no los hallo. Entro en la cocina y registro toda la casa, buscando a los criados y criadas antiguos y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes. Pregúntole a ésta dónde está su señora y a la Paula dónde está su amo don Manuel Díaz; y no

me responden sino con sus lágrimas; y yo los acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más».

He aquí el revés íntimo y doméstico de «La venida del Mesías en gloria y majestad», fulgurante revancha del proscrito encerrado en su celda, con sus memorias.

Se ha dicho que el padre Lacunza defendió con apasionamiento a los hebreos y que su obra concede a la rehabilitación del pueblo elegido una importancia excesiva, porque identificaba la persecución de los israelitas con la Compañía de Jesús, víctima del despojo, escarnecida y deshonrada, apelando de la sentencia papal ante el Mesías Redentor.

Es posible.

Pero después de esa carta patética, no se necesita acudir a más interpretaciones; la llaga aparece viva y cuantos hayan sufrido en tierra extraña ese punzante dolor que se llama «el mal del país», el deseo desesperado de regresar, comprenderán al teólogo recluso que, lejos de toda compañía humana, vivía entregado a leer las Escrituras e interpretar a los profetas.

A la triste vida del padre Lacunza correspondió una muerte siniestra: el 18 de junio de 1801, por la mañana, hallaron su cadáver en una poza del río Saterno donde había poca agua. Tenía setenta años. Se supuso que habría sufrido un ataque al corazón.

Pero podemos pensar que su sacrificio no fué inútil y que la voz del sacerdote desterrado halló una repercusión sobrenatural; porque de ese pozo de soledad

y de silencio donde vivió sus últimos años y en el cual le vemos precipitado simbólicamente para morir, su memoria, conservada en su libro, se ha levantado con un resplandor de misterio y no sin esperanza, como si para él se verificara, particularmente, antes del plazo, el advenimiento de la gloria mesiánica.

Ninguna obra de su clase ha tenido en el Nuevo Mundo destino semejante.

Se calcula que el Padre la escribió, más o menos, entre 1784 y 1790. Pues bien, hasta 1812, veintidós años más tarde, aún no se encontraba impresa y, sin embargo, numerosas versiones manuscritas circulaban, traducidas al italiano o al latín por sus admiradores.

A la primera edición hecha en Cádiz, siguieron rápidamente otras; porque sus páginas poseían la virtud del entusiasmo y comunicaban la iluminación.

No tardaron en lanzarse contra ella poderosos enemigos y, el año 1824, «La venida del Mesías en gloria y majestad» ingresó al Índice, aunque no se condenó la doctrina, declarada «plausible», sino que se consideró simplemente peligrosa para los fieles la lectura de la obra. De esa misma fecha data un manuscrito inédito en que don Judas Tadeo Reyes refuta las teorías del padre Lacunza, como también las de Copérnico sobre el movimiento de la tierra alrededor del sol. El señor Reyes ignoraba que Copérnico y Galileo, después de una estancia entre los libros prohibidos, habían abandonado ese sitio de expiación.

El Vicario Apostólico Monseñor Muzi lo felicitó privadamente.

La bibliografía de Lacunza es muy extensa y ha sido hecha por Medina en doctos estudios, abundantes de nombres y de fechas, donde se ve la chispa teológica lanzada por el jesuíta prender en los puntos más inesperados, en México, por ejemplo, donde se le edita y extracta, se le comenta y discute.

Pero la grande aventura de «La venida del Mesías» ocurre en Inglaterra, el año 1827. Hasta entonces, el milenarismo había exaltado y dividido a los católicos: esta vez convierte a un protestante: Irving, considerable personaje, se sintió arrebatado por el teólogo chileno y fundó, basándose en sus doctrinas, una Iglesia Católica Apostólica que tuvo fieles en Escocia, Irlanda, Alemania y Estados Unidos.

El año 1917, el Pbro. don Emilio Vaïsse, Omer Emeth, dedicó al padre Lacunza un ensayo extenso y, como todo lo suyo, nutrido de hechos, datos y razones precisas. No le gustaba el misticismo del religioso chileno y su interpretación del Apocalipsis le pareció dudosa. Por fin, a modo de conclusión, lo declaró muerto.

Jamás lo hiciera. Del fondo de la tumba, por mano del Pbro. don Miguel Rafael Urzúa, el padre del siglo XVIII se levantó contra don Emilio lanzándole un folleto incendiario. El señor Urzúa había publicado antes quinientas y tantas páginas sobre el lacunzismo. Presbíteros y hombres de estudio eminentes

lo acompañaban y se dice que aún no faltan quienes confían en promesas.

Uno de los más ilustres adeptos contemporáneos del padre Lacunza, don Jaime Eyzaguirre, secretario de la Academia Chilena de la Historia y autor de obras que le han dado autoridad entre los entendidos y renombre literario en el vasto público, sabedor de que investigábamos esta materia, nos proporcionó la última publicación relativa al célebre sacerdote: Un denso y erudito volumen de M. Alfred-Félix Vaucher quien analiza a fondo la que él llama «Une Célébrité Oubliée, L. P. Manuel de Lacunza y Díaz». Su libro, impreso en la «Imprimerie Fides, Collommes-sous Salève, Haute Savoie» lleva la fecha de 1941. Lo más impresionante para el profano es la inmensa lista de libros, artículos, folletos, estudios y ensayos dedicados, a lo largo de siglo y medio, a la tesis de nuestro teólogo. Es una formidable prueba de su vitalidad.

Un historiador reciente, nada sospechoso de amar demasiado a la Compañía de Jesús ni tampoco a la Iglesia Católica, estampa sobre Lacunza, el año 1946, el siguiente juicio:

«La venida del Mesías en gloria y majestad» es el libro chileno que ha alcanzado la más alta cumbre —Encina, «Historia de Chile», t. V, pág. 632— como esfuerzo de la inteligencia, o sea, como trabajo de pensamiento encaminado a ahondar una concepción y exponerla al mundo con la fuerza espiritual necesaria

para herir su atención y penetrar profundamente en el alma humana, con independendencia del tema.

«La fuerza del pensamiento da a la forma un vigor que no vuelve a asomar en ningún otro escritor chileno y la independendencia mental, que no retrocede ante el sarcasmo volteriano enfrente de la autoridad de San Agustín y de otros Padres de la Iglesia constituye una nota desconcertante en la literatura chilena, aún detenida en la etapa del pensamiento reflejo, de la repetición casi mecánica de lo leído».

Cabe notar que la opinión del señor Encina adquiere especial importancia en este caso, porque el padre Lacunza contradice de frente sus tesis raciales: el padre del teólogo era español, pero su madre, doña Josefa Díaz Montero, había nacido en Chile.

Durante todo el siglo XIX, nuestra literatura no produjo ningún escritor con la fuerza necesaria para imponerse fuera del país. Ahora poseemos dos, un poeta y una poetisa; pero ni Gabriela Mistral ni Pablo Neruda han librado su batalla en las condiciones de Lacunza ni sus triunfos pueden equiparársele: el sitio que el fraile ocupa, dentro del plano intelectual, sigue siendo único en Chile y tampoco se le descubre paralelo en América.

* * *

El último legado de los jesuitas a la literatura nacional fué, naturalmente, un padre y, naturalmente

también, un historiador; pero ya no sólo dotado de espíritu crítico y de ojos para ver y analizar las costumbres contemporáneas, sino, además, un tanto insurgente y avanzado, como preludiando a los que harán la emancipación.